

Las familias como conjuntos ligados por experiencias, testimonios y relatos. Un cuento posible.

Dr. Federico R. Urman, Argentina

“...cada palabra dice lo que dice, y además más, y otra cosa.”

ALEJANDRA PIZARNIK

“Mamá vestida de encaje tocaba piano en el caos.”

MURILO MENDES

L. Tolstoi empieza “Anna Karenina” con estas palabras: “Todas las familias felices se parecen unas a otras; pero cada familia infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada. En casa de los Oblonsky andaba todo trastornado”. Y Ambrose Bierce comienza de este modo uno de sus relatos: “Una mañana de junio de 1872, temprano, asesiné a mi padre, acto que me impresionó vivamente en esa época. Esto ocurrió antes de mi casamiento...” (“El club de los parricidas”) Autor que caracteriza al amor como una “insanía temporaria curable mediante el matrimonio, o alejando al paciente de las influencias bajo las cuales ha contraído el mal”. (“Diccionario del diablo”).

Anne Carson escribe; “UNA CONVERSACIÓN ENTRE IGUALES NO HAY NADA TAN DIFÍCIL DE LOGRAR EN ESTE MUNDO DE HABEAS CORPUS PORQUE (DICE KEATS) SE NOS HA AGOTADO TODA LA MARAVILLA LA CURIOSIDAD Y EL MIEDO” (La belleza del marido”) En un poema, Jorge Luis Borges lamenta haber defraudado las expectativas que sus padres pusieron en él (“El remordimiento”).

Sufrimientos de pareja y familiares, violencia en la relación parento filial, tratos abusivos, amores no correspondidos (retribuidos), la literatura siempre ha tenido lo que contar acerca de las parejas y familias.

Freud valoró el talento y la misteriosa capacidad del escritor de penetrar en las profundidades del alma humana y en transmitir los sentimientos personales y sociales, las verdades profundas del hombre. Los reconocía como la *analyse*, analistas profanos, y, entre ellos, destacaba la presencia de los poetas, de aquellos con especial capacidad creativa para jugar con las palabras.

Pues los poetas acampan en los bordes del lenguaje, en sus senderos más riesgosos e inexplorados, y desde estas angostas cornisas exponen y se exponen, allí donde la palabra se hace música, donde el silencio es escansión, grito, ruido, susurro, caricia. Y habla de las soledades pobladas y del nosotros en lucha.

Como G. Boído: “Hay que cuidarse de la derecha porque es diestra/y de la izquierda cuando siniestra”. O: “La poesía no se vende/ porque la poesía no se vende”. O: “Entre tu cuerpo posible/y tu cuerpo, / sólo mi mano cabe. Entre mi mano posible/y mi mano/ sólo tu cuerpo cabe.” (F. Urman). El psicoanálisis freudiano ha tenido, por su parte, en la literatura no sólo uno de sus “múltiples intereses”, sino el poder de afectarla desde su propia producción.

Un ejemplo de esto es el concepto de “novela familiar del neurótico”, una fantasía o profantasía que supone universal, tal vez el último producto de esta especie, y que tiene el poder de enlazar, en un relato, las otras fantasías primitivas previas. Esta novela familiar es un mito épico y sería como la novela de todas las novelas. Las aventuras de estos héroes y villanos concentran mucho de las lecturas de la preadolescencia y adolescencia, y dan la base argumental de los comics con los que estamos familiarizados.

Las fantasías desiderativas son una materia prima compartida por los escritores y por las personas y conjuntos que fabrican con ellas síntomas preocupantes y restricciones caracteriales. Este enlace es el que permite realizar un *análisis aplicado* en la medida en que emplean los hallazgos clínicos para la comprensión de obras literarias.

Freud interpretó de este modo obras de Shakespeare, Sófocles, Hoffmann, Dostoievski, Jensen y otros. Muchos psicoanalistas lo han seguido en este camino. Recordemos, por ejemplo, los análisis de J. Lacan de “La carta robada” de Poe, el de M. Klein sobre “Si yo fuera usted” de Julien Green, el de E. Pichon-Riviere sobre el conde de Lautréamont, el de M. Langer sobre “Viaje al centro de la tierra” de J. Verne y los de cuentos infantiles llevados a cabo por Bettelheim.

Volviendo a S. Freud, sabemos que realizó muchas reflexiones sobre la creación literaria. Se interrogó sobre el papel motivador de frustraciones y pérdidas reales; sobre el particular placer que despierta su lectura y sobre sus efectos en el lector la relacionó con las experiencias lúdicas; hizo observaciones sobre el tratamiento poético de las perturbaciones psíquicas y sobre las características de ciertos afectos estéticos; propuso distintos criterios acerca del papel que desempeña la sublimación; sugirió estilos narrativos predominantes en los adolescentes. Sólo los menciono, porque, por razones expositivas, no me voy a detener en ellos. Por otra parte, son teorizaciones que naturalizaron una familia nuclear burguesa patriarcal cuya solidez, luego de un siglo, ha sido profundamente alterada.

Quisiera ahora dirigir el curso de estas reflexiones a los aspectos que más nos pueden tocar en nuestra labor psicoterapéutica, cuando trabajamos con familias (y con otros conjuntos y aún pacientes individuales). ¿Qué resaltar del encuentro con la literatura en este terreno? En primer lugar, recordaría que establecemos escritos de nuestra experiencia, y que el relato de lo que consideramos material analítico integra lo que denominamos historia clínica. La historia clínica médica es el relato que realiza el profesional de lo que le pasa al paciente. La historia clínica psicoanalítica es el relato que establece el terapeuta de lo que acontece entre él y el paciente (conjunto o individual). **NUESTRO RELATO ES UN PRODUCTO DE COAUTORÍA VINCULAR.**

Recordemos la técnica del cadáver exquisito, juego surrealista que suma versos escritos sucesivamente por sus participantes, es un ejemplo de texto de autoría múltiple. Resaltemos dos aspectos del historial:

1) es una construcción ficcional elaborada con las migajas de lo vivido en la clínica, que el dispositivo terapéutico instituido hizo posible. Encuentran allí lugar la realidad psíquica, las verdades vinculares creadas en inmanencia entre todos los que integran la experiencia y, ocasionalmente, la verdad histórica (S.Freud) de alguno de ellos. Este carácter ficcional es el que, lejos de desautorizar, valida su significación y eficacia terapéutica.

2) En la clínica la historia se configura desde lo que va aconteciendo en cada sesión, entre terapeuta y paciente. El presente funda, una y otra vez, pasado. Resalto acá una paradoja que Borges observara: los prekafkianos llevaron, en su obrar a Kafka, pero es Kafka quien, desde su obra, da pie retroactivamente a la invención de los prekafkianos como categoría o clase.

Dejemos atrás la narrativa de lo que pasa, y que consignamos como cronistas o escribanos implicados en la situación. Atendamos ahora a la experiencia. ¿Con qué nos encontramos en el encuentro? ¿Qué hacen los pacientes cuando, desde el despojamiento de nuestra atención flotante, no esperamos nada? Vemos que nos cuentan (y se cuentan) los cuentos acerca de lo que los pone mal o les causa malestar. Estos relatos-suelen ser quejosos y reiterados- están organizados de tal modo que nos presentan un agente del sufrimiento grupal y el resto, las víctimas que padecen esas conductas. Ya no son la familia que eran. ¿Qué familia eran? Hay lazos de sangre en muchos casos, y lazos de parentesco, pero prefiero considerar familia a dos o más personas de distinta generación que se presentan y/o son reconocidos como familia, que comparten relatos y experiencias testimoniales. Por ejemplo la monoparental conformada por un adulto y un hijo adoptivo. Volvamos a la situación clínica.

Estos relatos que nos interpelan incluyen la episteme actual, la zeitgeist, el espíritu o mentalidad de la época, aquello que puede ser interrogado o relatado en los relatos, discurso que nos subjetiva como sujetos sociales y que afecta nuestra manera de sentir, pensar y actuar.

Decíamos que insisten en relatos que no pueden dejar de repetir, aunque resulten improductivos para aliviar el sufrimiento que padecen; otras veces realizan un canon de monólogos aburridos, o se arrojan palabras hirientes que no los dejan pensar y que los lastima vincularmente; o, airadamente, exigen compensaciones que sólo provocan un silencio desolado. Estas narrativas verbales, que siempre tienen algún carácter performático, suelen estar acompañadas, como en las familias con niños y/o adolescentes, con lo que expresan a través de juegos, modelados, dibujos y todo tipo de actos, realizados en forma individual o conjunta.

Considero estas presentaciones, que se hacen ante (con) nosotros como otro implicado en la situación que nos instituye, junto con la familia, en un “barajar y dar de nuevo”, es decir, como un desafío que procura encontrar una salida, una nueva manera de percibir, interrogar y pensar lo que entre todos vamos haciendo. Apostamos a instituir una condición inédita al modo de la propuesta de María Dolores Ara: “Tengo los ojos nuevos/ de un abierto perenne”.

Esperamos, entonces, una inesperada ocurrencia que descoloque, que ingrese sorpresivamente y se haga lugar, aunque moleste, incomode e inquiete por parecer amenazante. ¿Qué hacer con ese sentimiento paranoide? Lo pensamos entre todos. Si paranoide sugiere la sensación angustiante de estar perseguido ante una circunstancia en la que se está efectivamente perseguido, intentamos aclarar ese peligro.

La que va a verse amenazada, cuestionada, es la organización que la familia construyó al comienzo del encuentro. Una disociación que separa al paciente designado del resto, presuntamente sano o no conflictivo. Pero este acontecimiento que ahora fisura esa estructura: ¿es una buena o mala noticia? Si el concepto de ambivalencia no se hubiera ya inventado, habría que crearlo para dar cuenta de esta experiencia. El dejar las cosas como están tiene una ventaja: se trata de mantener lo ya instituido, sabido y vivido, la comodidad de lo habitual del equilibrio logrado, y el confort de lo anticipable. Pero el costo es alto, pues el sufrimiento por el que se consulta es generado, inconscientemente, por la dinámica patógena que espontáneamente siguen reiterando. Aunque estemos compartiendo ese riesgo al participar del encuentro, los beneficios del mantener el statu quo van a generar resistencias hacia las nuevas vivencias que el dispositivo aspira a generar. Se interpondrán vallas ante las novedosas situaciones subjetivantes vinculares que pudieran configurarse. El tratamiento no consiste sino en el devenir de esta lucha entre relatos reflexivos subjetivantes que llevan a nuevas acciones y a complejizar los vínculos y los relatos previos defensivos que insisten en conservar lo establecido, aunque el precio sea el empobrecimiento subjetivo de todos. Unos relatos propiciarán la incomodidad del fluir de la vida, la apertura del contacto con lo extraño, diferente y extranjero, la convivencia con desconocidos (y con lo desconocido en uno mismo), los otros insistirán en el valor de lo idéntico y semejante, de la complementariedad que unifica y completa, con la atemporalidad de las esencias y la certeza de los destinos ya trazados, de los fundamentos únicos y últimos. Una narrativa se abrirá a lo abierto incierto, al hacer cooperativo y a la distribución de saberes, poderes y responsabilidades. Otra se centrará en el individualismo, en las ventajas del hacer capitalizante, en la jerarquización que impone obediencias pasivas, en las conveniencias personales y las ventajas de asegurarse posiciones de éxito marquetinero.

En ciertas ocasiones tienen poder patógeno la falta de relatos compartidos, como en casos de adopciones o de hijos producto de fertilizaciones asistidas; en otros lo desorganizante y traumático proviene de la imposición de relatos apasionados que no respetan las necesidades y posibilidades psíquicas de los hijos, como cuando son reveladas infidelidades paternas o cuando, en ciertos divorcios controversiales, cada padre intenta adoctrinar a sus hijos desde sus razones y, desde esa alianza, busca desacreditar o difamar a la expareja conyugal.

Observamos también, en nuestra clínica, que actualmente las pantallas tienen tal poder subjetivante que logran desplazar el papel subjetivante de los relatos literarios, en su oferta de tramas y personajes con los cuales es posible identificarse.

Al intervenir en la sesión podemos considerar estos destinatarios posibles: 1) el mundo interno de uno de sus integrantes, con las relaciones de objeto que establece el yo; 2) lo intersubjetivo, es decir lo que liga los distintos yoes que están interactuando, de acuerdo a lo que llamamos la lógica del Uno; 3) lo que hacen y hacemos entre todos en el devenir de la sesión, y que nos lleva a una posición del estar siendo coyuntural, albergando diferencias, lo que denominamos, con Berenstein y Puget, lo vincular, que implementa la lógica del Dos, que acentúa el descentramiento, lo presentacional, el principio de incertidumbre y el poder expandir territorios subjetivantes de creciente complejidad.

Veamos dos ejemplos de relatos que se presentan, y van siendo desmontados y contruídos de tal modo que nuevos contactos y praxis significantes son ahora posibles.

Los padres de un escolar consultan porque el hijo tiene problemas de conducta en el colegio y a ellos mismos no los respeta. ¿Cómo desafía lo que el padre le indica? Su propio padre, ante faltas aún menores, le pegaba, y él no quiere hacerlo. ¿Por qué no obedece a su madre y la insulta si le insiste en hacer algo que había aceptado realizar? ¿La culpa es de ellos porque, como hijo único, no le ponen límites? Ya tranquilo, el hijo a veces les pide perdón, pero otras veces justifica su proceder. Esta situación inicial de desconcierto, sufrimiento y desaliento es un buen punto de partida, sólo que no seré yo quien aporte una guía para perplejos, al modo de Maimónides.

Esta consulta expone una situación social actual frecuente: los padres y los maestros ya no son reconocidos como figuras de autoridad indiscutible. Se hace necesario analizar lo que va pasando entre todos y examinar qué impide crear una normativa compartida con firmeza y flexibilidad, criterios en el que todos participen, convenio de convivencia abierto y que necesitará ratificarse o rectificarse en cada ocasión que se muestre necesario, ya que si este acuerdo se mantiene coyunturalmente es porque, siendo diferentes y desacordando, va mostrando su insuficiencia (y su poder) en cada momento en que las circunstancias vuelven a cambiar. En esta experiencia todos colaboramos en el irnos dando cuenta. Este criterio suplementa el clásico concepto de insight. Una estrategia de cuidados y respetos se irá construyendo.

El hijo comprobará entonces que puede controlarse, ser reconocido y demandar por las buenas lo que sea prudente pedir y que, apostando al amor, algo tiene para dar. La madre aprenderá a hacerse respetar, en nombre de sus derechos, por el hijo, y también por el marido, al advertir cuánto ha callado por sumisión. Y el padre recapacitará sobre su tentación de dominar, sobre su dificultad en escuchar a los otros. y en aceptar sus propias inconsistencias ante lo legal (estos padres, en mi experiencia, tienden a trampear en relación a los honorarios y a los horarios).

En una ocasión atendí a una pareja en la que uno de los puntos conflictivos eran la *frecuencia* de las relaciones sexuales, que eran mutuamente satisfactorias. Él era un escribano y abogado y ella era una colega que trabajaba también en recursos humanos. Comentaban, con inteligencia y humor que para cada uno “demanda” tenía connotaciones particulares. ”Yo pertenezco a una familia católica y la de ella es judía, pero no nos conflictúa”. No había problema con esos diez mandamientos. ¿Quién tenía razón? ¿El que decía que sufría por una presión que vivía como un molesto acoso? ¿O quien lamentaba que el otro fuera menos receptivo a sus pedidos, ya que su tensión sexual lo incomodaba? ¿Qué justicia salomónica esperaban de mi parte? Además, ¿existe un “metro patrón” sexual? Llamativamente, aunque usaran el “nosotros” para referirse al malestar sexual, era un nosotros que me evocaba un conocido chiste: “Ellos se querían: él se quería y ella se quería”. No podían, en sus relatos, superar el muro narcisista, y tomar otra perspectiva, pasando del Uno al Dos. Si aceptaban que la palabra demanda era multívoca, ¿por qué no considerar que “relación sexual” era una experiencia no predeterminada? Si fuera una construcción conjunta, creada para ser inventada momento a momento, eran ambos responsables de constituir ese amoroso cuerpo vincular, como decía J.Puget. En mi opinión, ése es el alcance del deseado “hacer-juntos-el amor”. Tal vez sea ésta la única fidelidad que cuente: la que apuesta al encuentro sexo-afectivo. El resto es cumplir como hábito, una faena erótica para descargar sustancias sexuales (en lunfardo: echarse un polvo).

Fueron descubriendo que si el amor, como la poesía, sopla cuando y donde quiere, lo que compartían era el desafío de escuchar ese llamado, para sentir las brisas de las ganas. Con los relatos que encontraran, hasta el misterioso borde en que se acaban las palabras o son los cuerpos los que tienen la palabra.

La palabra inesperada que aconteciendo, nos mueve y nos conmueve, entonces, en la clínica vincular como en la poesía, es como la rosa. No tiene porqué.